

giéndose á Carmen, la dijo cara á cara estas frases incorrectas:

—¡Ah! ¡había emprendido el asunto del barón sin otro objeto que vengar á mi marido!... Creía que en cuanto acabase el Carnaval, no iría más allá, y me contentaría con la turbación que produciría en su corazón, bastante estúpido para enamorarse de mí... Pero su mujer se mezcla en ello... á quien yo no quería mal... me ataca y me ofende empleando las armas peores... Pues sí, lo juro, que no descansaré hasta que me vengue de ella, y la devuelva centuplicado el daño que me hace... No sólo la causaré perjuicio á ella, sino á ese señor L..., que es cómplice suyo. Yo haré ver á esos poderosos de hoy, que no se juega impunemente con una mujer como yo, que soy más hábil, más fuerte y más poderosa que ellos.

Detúvose entonces, y uniéndose con

Carmen, la dijo con voz que se había hecho dulce y tranquila como por encanto:

—Ahora me veréis hacer mis preparativos de viaje; esta noche á las ocho tomo el tren expreso de Marsella, y estaré en Venecia dentro de cinco días; pero... estad segura de ello... no me tendrá mi patria mucho tiempo en su seno.

XXVI

Como había dicho Lucrecia al marcharse de París, no tardó mucho en volver. Obedeció sin protesta de ninguna especie las órdenes de la policía. Creyóse que emprendía de repente uno de esos viajes suyos que tanto daban que hacer á todos, porque no habían podido comprender la causa que los motivaba. En el Bos-

que se decía: «¡Calla! ¡la señora Vitel no ha salido hoy! ¿Cómo será eso?». A nadie se le ocurrió creer en un destierro involuntario, ni en un viaje á la fuerza.

Pero antes de ponerse en camino, llamó á su amigo más antiguo, y el más interesado en hacerse agradable, y le confió, en secreto, el verdadero motivo de su marcha precipitada. Al mismo tiempo le encargó que estudiase el asunto con prudencia, elevara sus quejas á lo más alto, de la gran injusticia con ella cometida, para intimidar, por medio de hábiles amenazas, á las personas que habían incurrido en un abuso de los más grandes; en fin, hacer desautorizar la conducta del señor de L... hiriendo virtualmente la del señor X... y conseguir, que no sólo se le diera la libertad de volver de nuevo á Francia, sino que la diesen las satisfacciones debidas.

Todo sucedió como ella deseaba. En

menos de tres semanas obtuvo la reparación más completa, gracias á las influencias ocultas de que disponen siempre los millonarios y las mujeres hermosas.

Aunque entró en París con todos los honores de la guerra, Lucrecia no había dejado de recibir una afrenta sangrienta y no estaba dispuesta á olvidar á las personas que se la habían hecho sufrir. Ahora tendría el placer de ocuparse de ellos, y hacerles sentir sus garras, aguzadas durante el destierro.

Llegó á su buena ciudad de París el jueves de la tercera semana de Cuaresma, á las seis de la mañana. Había venido directamente de Venecia por Turín, el monte Cenís y la línea de Lyon, sin detenerse en el camino. El cansancio hubiese quebrantado á cualquier otra mujer; pero la esperanza de una venganza próxima es lo que sostenía á Lucrecia. Antes de pensar

siquiera en descansar, y eso que tan necesario le era, escribió dos cartas, una á Carmen anunciándola su vuelta y rogándola que viniese á verla por la tarde, y otra al barón de Roizel citándole para el baile de la Ópera á la una de la madrugada. Continuaba guardando el incógnito con el barón y se contentaba con firmar: *El dominó negro*. Un criado de confianza llevó esta carta al Ministerio; temía que si la mandaba á su domicilio la recogiera la baronesa.

Tomadas estas disposiciones, Lucrecia se desnudó y se metió en la cama. Aunque estaba muy cansada á causa del viaje, podía haber pasado sin dormir; pero pre-
 vía que por la noche tendría que darse á conocer al barón y quería tener buena cara para deslumbrarle con su hermosura.

Cuando se levantó, que eran las cinco de la tarde, la dijeron que Carmen la es-

peraba hacía largo rato. Al momento la recibió en su tocador.

—¿Y qué os parece? ¡Ya estoy aquí!

—¡Estoy asombrada! ¿Pero os han permitido venir?

—¡Claro! Hasta podría decir que me han pedido que vuelva... ¿Se han ocupado mucho de mí durante esta ausencia?

—Muy poco, que yo sepa.

—¿Habéis leído con atención los periódicos, como os dije?

—Sí, todas las mañanas he leído cinco ó seis antes de almorzar.

—¿Y os han quitado el apetito?

—Al revés, me le han abierto, y la malicia también.

—No tenéis necesidad de eso.

—Si volvéis para hacerme elogios, sed bien venida.

—Gracias. Otros no saludarán tan alegremente mi venida. Y qué, en los pe-

riódicos que eran vuestro alimento ordinario, ¿habéis notado alusiones á mi marcha precipitada?

—En uno de estos últimos días, cuando el hecho se divulgó por causa de los pasos que se daban en vuestro favor, vi algunas líneas poco transparentes é ininteligibles, para la mayor parte de los lectores. Tan sólo dos periódicos de oposición han sido más explícitos que los demás; han abogado elocuentemente por vuestra causa, á fin de tener algún pretexto, para censurar los actos arbitrarios del Gobierno y el abuso del poder á que se entregan ciertos favoritos que creen que en su posición les es permitido todo.

—Conozco esos artículos, inspirados por un amigo íntimo. Han contribuído y no poco á mi vuelta. Han tenido miedo en las Tullerías á que se siguiesen contra ellos otros ataques más violentos; he es-

tado á punto de convertirme en un personaje político.

—Mejor llenaríais vuestro cometido que muchos de nuestros diplomáticos.

—¡Si estuviérais vos de secretaria mía!... Pero ocupémonos, si queréis, de esa excelente baronesa, tan pronta en desembarazarse de las gentes. ¿La dais aún lección?

—Con más ahínco que antes... se engolfa en el trabajo para... olvidar, sin duda.

—Pero su marido, ¿por qué no se ha separado de ella?

—Porque no tiene con quien ir; pero no por eso parece estar más enamorado de ella.

—Me parece que sus amores están heridos en un ala; no les queda libre más que la otra.

—Apenas si tienen una pluma.

—¡Y aun es demasiado!—replicó con sequedad Lucrecia;—pero yo les quitaré todas ellas.

—¡Qué feliz va á ser el barón!

—¡Sí, muy feliz! Espero no verme obligada á hacerle que lo sea. Pero desde ahora podéis decir: ¡desgraciada baronesa!

—¿Vais á quitarla por completo el esposo?

—Eso desde luego. Pero comprenderéis que no puede bastarme eso solo; tenemos que saldar cuentas atrasadas. En invierno Venecia es muy triste, y he tenido que pasar allí tres semanas por culpa suya, sin contar con la humillación de la partida y la vergüenza de haber tenido que ceder el paso á esa mujer otra vez más. No olvido tampoco á ese señor de L... á quien ha pedido protección contra mí; ¿le ha vuelto á ver?

—Muchas veces: en su casa, donde la casualidad me ha permitido ver entrar á la baronesa, y en casa de ella, donde le he encontrado la última vez que le vi. Parecían bastante tristes. Indudablemente debió ir ese señor á anunciarla vuestra próxima vuelta y su derrota.

—¿Qué edad creéis que tendrá? Yo no le conozco más que de nombre.

—Cincuenta y cinco años. Es de buena estatura y de maneras distinguidas, facciones finas y regulares, y una mano y un pie admirables.

—¿Aún os fijáis en esas cualidades?

—Y las admiraré hasta que exhale el último aliento; pero de lejos: ¡eso es lo malo!

—¡De lejos! Pues á vuestro señor Richard no le tenéis á cierta distancia... y según el retrato que me habéis hecho de él...

—Sin duda, es un buen mozo; pero— añadió suspirando—no tiene á mis ojos bastante distinción.

—Prades siempre hará mucho daño en vuestro recuerdo.

—Siempre.

Quedóse pensativa; Lucrecia la obligó á volverse á fijar en la conversación.

—Ese señor de L... ¿no tiene un hijo?—la preguntó.

—Sí. He visto su tarjeta en la portería de la baronesa: había ella salido en el momento en que fué á visitarla.

—Por prudencia acaso—dijo la señora de Vitel, y después, volviéndose á Carmen, añadió:—Mil gracias por vuestras noticias, y dispensadme que no os haga la visita. Tengo que dedicarme ya á ataviarme. Si esta noche estáis libre nos podemos ver en la Ópera.

—¿Qué echan hoy?

—No lo sé; pero yo no hablaba de la función, sino del baile.

—¿Del baile? Pues qué ¿no han concluído ya?

—Pero ¡qué inocente sois! ¿no sabéis que es el jueves de la tercer semana de Cuaresma? Y yo me he acordado, yo que he tenido que recorrer trescientas leguas sin parar para hacer los honores á esa festividad puramente parisién.

—¡Ya lo comprendo! El barón irá al baile. Le habréis dado noticias durante vuestra ausencia.

—Me hubiese guardado muy bien de hacerlo. Un enamorado se ocupa una hora de la que le escribe: el tiempo preciso para leer la carta, volverla á leer otra vez, comentarla más ó menos tiempo. Pero dedica todo el día á la que sea bastante lista ó bastante dueña de sí para hacerse desear, esperando una carta suya. Extraña-

se, se inquieta, siente impaciencia, la acusa de todo y sufre. El amor correspondido muere por falta de alimento; el amor que aún no ha tenido correspondencia, crece á medida que aumentan las torturas á que se le sujeta.

—Lo sé demasiado—dijo Carmen.

—El barón—replicó Lucrecia,—se ha creído abandonado por completo. Me habrá maldecido, habrá llorado. Mi ausencia y mi largo silencio le han dado motivo para experimentar la fijeza de los lazos que le unen á mí. Comprende que no se trata ya de una simple conquista de un baile, sino de una pasión naciente. Conoce mi poder y mi debilidad. Ahora ya puedo verle: está en su punto.

XXVII

A la una y media de la madrugada, el barón de Roizel y Lucrecia Vitel se encontraron en la Ópera, en el pasillo de los palcos principales.

—¡Por fin os encuentro!—exclamó Roizel apoderándose de las manos de Lucrecia, que retuvo entre las suyas, sin que hiciese por retirarlas.

—Esperaba con impaciencia este instante—dijo Lucrecia con emoción muy bien fingida.

—¿Pues por qué habéis tardado tanto?

—Por razones de fuerza mayor. Ya os las diré después. Ahora lo que debemos hacer es salir cuanto antes de este burdel. ¿Tenéis el palco?